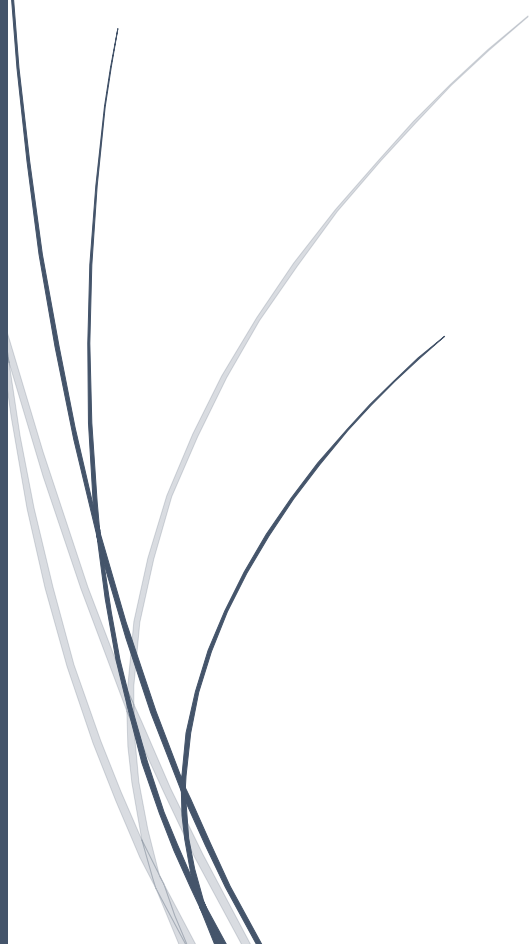


PARTICIPANTE: RELATO SOBRE
BUJALANCE 1

TÍTULO: Solo

SEUDÓNIMO: Misirah

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



SOLO

Bernardo llevaba la friolera de quince días sin apenas pegar ojo, dando vueltas y vueltas en su cama de hombre casado, entre la serenidad de la esposa y el pastillero impertérrito de la mesilla. Había oído la cisterna del vecino de arriba y las campanadas del reloj carillón de la anciana de abajo. Era sábado y estaba harto de la dictadura de las noches toledanas. Se levantó y miró por la ventana cómo el absolutismo de la tranquilidad administraba el reino del conticinio. Bebió agua, se fijó en un trazo de humedad que despuntaba en una esquina del techo de la cocina y pensó de nuevo en la finca de Bujalance. Eran solo mil metros cuadrados, plantados en las afueras del término de un pueblo cordobés que nunca había pisado, pero eran suyos. Dos semanas antes, a raíz de la muerte abrupta de su progenitor, se había enterado de la existencia de aquel terreno. Padre e hijo solían quedar los viernes, a media tarde, para dar un paseo por un parque del extrarradio y caminar arrollados en el nimbo animado de la cháchara. La dama de la confianza era la reina de las circunstancias, y las palabras, sinceras, fluidas como gases nobles, siempre cortaban a cercén el quid de los problemas. Se detenían frente a la simetría de las retamas, observaban el peregrinaje indefectible de las hormigas y se cobijaban adrede en el seno de la madre naturaleza.

No tengo ilusión por nada, doctor, y el cariz de las contrariedades agusanaba el conglomerado de la cotidianeidad, el hastío abstruso, el titán de las argumentaciones invicto.

El día del óbito, un viernes florido de abril, dieron la caminata acostumbrada y la charleta, preñada de amenidad, versó sobre la importancia histórica del pasado. Ambos estaban de acuerdo en considerar que era absurdo seguir adelante sin echar la vista atrás, sin tener en cuenta las ramificaciones de la experiencia. Escucharon también los graznidos de una urraca que atacaba el nido de una paloma brava mientras los dos palominos, indefensos e ingenuos, piaban desconsolados al percatarse de la gravedad del peligro. Al cabo, uno de los pajarillos, ensangrentado, aún vivito y coleando, cayó de las alturas y yació moribundo a sus pies de espectadores gigantes, conformando una escena morbosa y bella. Más tarde los dos parientes, con la desenvoltura que proporciona el óbolo de la intimidad, se despidieron con un hasta pronto que jamás se cumplió porque, esa misma noche, un ataque al corazón fulminó de modo inopinado la invención de un futuro halagüeño. En el testamento, redactado y autenticado con previsión de siglos, el fallecido le dejaba a Bernardo algo de dinero con el que tapar cuatro huecos y la finca de marras, situada en Bujalance, en plena comarca del Alto Guadalquivir, a unos cuarenta kilómetros de Córdoba. Su padre había nacido en el casco viejo de la capital, en un barrio de los de toda la vida, y por lo tanto no había una lógica clara entre el origen urbano y la propiedad rural.

No sé que me pasa, doctor, y los pacientes de la consulta del ambulatorio bufaban con el tamaño de la cola de espera, el olor de las salas medicamentoso, el murmullo de las toses melódico.

Esa mañana de sábado, aburrida como todas las de su existencia, Bernardo cogió el toro por los cuernos, se metió en el coche y se dirigió a los alrededores de la autovía del Sur. Dejó atrás El Carpio y poco después se plantó

en el municipio bursabolitano. Se dio una vuelta para ubicarse, pasó por la iglesia de la Asunción y permaneció atrapado por los tentáculos del silencio extendidos alrededor de la torre torcida del campanario. Más tarde localizó a un lugareño que, sentado en un banco, tallaba un palo con virutas finísimas, sumiendo el tiento de la concentración en el estanque de la templanza. El hombre izó las cejas en señal de sorpresa y, nada más descubrir al forastero, paralizó la escrupulosidad de la tarea. Tras el saludo de cortesía, Bernardo inquirió acerca de la ubicación de la finca en cuestión y el otro afirmó que le sonaba desde que era un zagal que mataba pajarillos con el tirachinas por la zona del Arroyo del Cañetejo. Sin embargo, le aconsejó que fuera a ver al alcalde, un par de casas más calle abajo, porque este poseía una memoria de elefante a prueba de bombas. El huérfano se sintió de maravilla, lejos de las obligaciones semanales de su labor rutinaria de conserje en un colegio, satisfecho por no haberse quedado en el parapeto del lar, un sábado más, viendo piruetear a los vencejos por la ventana de la cocina.

No puedo dormir, doctor, y el remedio de los somníferos funcionaba a medio gas, las pesadillas tumultuosas, los sudores del agobio mantecosos.

El regidor, un moreno cercano a la cincuentena, con los ojos grises encajados en el ritmo acompasado de los gestos, le recibió con educación de prior y se brindó a llevarle en su coche hasta la susodicha finca. En el trayecto no se cansó de hablarle de las avutardas de la zona, de las verbenas de Santiago y de San Roque, de almazaras tradicionales y extraordinarios aceites. Bernardo escuchó sin aprensión las bondades de Bujalance, con los ojos fijos posados en los troncos retorcidos de los olivos, hasta que por fin llegaron a su destino. Aunque abandonado a la buena de Dios, el valor sentimental del

terreno era incalculable. Al parecer había sido de su tatarabuelo, de su bisabuelo, de su abuelo, de su padre y ahora, por lógica, era de Bernardo. Tras la visita, los dos regresaron al pueblo, dejaron atrás la cooperativa Jesús Nazareno y almorzaron en Casa Villena, cerca de la plaza Mayor, dando cuenta de unos cholondros exquisitos con rebanadas de pan de verdad, regados con chisquetes de clarete bien frío. Hablaron del pretérito y del presente, congeniados, sin aparcas las contingencias irremediables del porvenir. Así Bernardo se enteró de que, siendo él mismo aún un chiquilín granujiento de piernas arqueadas, su padre había frecuentado Bujalance en solitario con cierta asiduidad, enamorado hasta los ojos de las pajaronas, aunque luego, por causas ignotas, las visitas se habían ido distanciando hasta desaparecer por completo. Entretanto el declive de la tarde se echó encima de los tejados y las cornejas, histéricas, comprometidas con la pureza del viento, dedicaron la bullanga de las acrobacias a rajar la pátina del cielo en torno a la fortaleza del castillo. Después, en el camino de vuelta a Córdoba, Bernardo lucubró acerca de la morosidad acomplejada de su biografía, percibiendo la larva de la congoja anidada en el laberinto de la mente, y concluyó que una sensación nueva se le atrincheraba en lo más recóndito del espíritu.

No se me quita de la cabeza, doctor, y el ánimo de los vocablos volitaba por la consulta sin posarse en territorio amigo, los fármacos vanos, el frufú de las manías entroncado con la tradición del anquilosamiento.

En casa escuchó las preguntas de su mujer acerca de los avatares extraordinarios de ese sábado, pero optó por encerrarse en el baluarte inexpugnable del mutis. El desahogo de las cuitas, que por lo regular no daba mucho de sí, era algo habitual entre ellos y el hoto, respaldado, dialogaba con

el embrión de las desavenencias a través de una prudencia de usanza sabia. No obstante, en esa ocasión, memorizada en la remota etapa juvenil de las indagaciones existenciales, recordó una cita de Jean Rostand que le venía al pelo, *ser adulto significa estar solo*, y reparó, probablemente por primera vez en su vida, en la impresión genuina de la soledad. Decidió entonces pernoctar en el sofá y, con los pensamientos desordenados, pasó la noche en blanco, sumergido en el típico calvario de los duermeveras troceados por el ogro del insomnio. Al alba, antes de que el sol naciera, con la paz de las aceras desazonada, se quedó dormido, vestido, sobre los cojines donde daba cabezadas en la frecuencia de las siestas. Su esposa salió del dormitorio, calibró la atmósfera con cara de pesadumbre crónica y tomó la iniciativa. Preparó la cafetera, aferrada a la imparcialidad de los visillos de la cocina, con la cándida intención de solventar las deudas de la flojera, pero el humo mudo que expelía el aparato no les benefició en absoluto. Bernardo no bebió nada. Se limitó a mojarse el púrpura de las ojeras frente al espejo del baño que, sin rencores primigenios, le devolvió el reflejo de un tipo sobrepasado por la vorágine de la zozobra. Quiso recomponerse, establecer un vínculo entre la nitidez de la realidad y el imperio de las conjeturas, pero terminó saturado de sí mismo, hundido en las arenas movedizas de la angustia. No supo qué demonios hacer ni a quién acudir. Las dos únicas personas, a las que encuadraba dentro de la categoría de los amigos, no comprenderían que se abrumase por una minucia excéntrica de explicaciones inescrutables. Le llamarían pardillo, blandabrevas, inmaduro y otras lindezas por el estilo. Madre viva no tenía y su hermana, una arpía con la que ni siquiera en los años algodonosos de la puericia se había entendido, vegetaba en una comuna jipi en

Ibiza al margen de los conflictos tragicómicos de la humanidad. Al postre, engullido por la tirantez de la paranoia, bajó las escaleras de dos en dos, perentorio, sin destino, zambullido en un tira y afloja con las ganas de romper el cristal del universo.

No sé para dónde tirar, doctor, y el chirimirí del blablablá se esparcía por doquiera, el apetito aplatanado, el grosor de la saliva espesado con el runrún de la obstinación.

Vagó por el erial de las calles anonadado, pensando y repensando en el terreno de Bujalance, convertido en un espantapájaros utilizado para ahuyentar con éxito a los estorninos de la dicha. Era domingo, demasiado temprano todavía para que los beatos se encaminaran hacia la parroquia del barrio, y únicamente cuatro sonámbulos martirizados por el flagelo del alcohol se arrastraban en pos de una redención imposible. Apenas les prestó atención porque iba abstraído, traslapado por la imagen de un individuo arrancado de la sementera de la normalidad. Aquel trozo de tierra poseía una definición mucho más amplia que la otorgada por la simpleza de los mil metros cuadrados. Aunque su progenitor jamás la había mencionado, ahora la escritura estaba a su nombre. No podía abandonarla y avanzar de mala traza por el sendero infausto del devenir. Deambuló por un parque infantil desierto, entre columpios estáticos y costras del silencio engalanadas por una cuadrilla de palomas de zureos herméticos. Pensó en que la finca bujalanceña carecería de un heredero en la siguiente generación. No había tenido hijos y tampoco los había querido. Su esposa estuvo de acuerdo desde el principio de los tiempos. Lo platicó con ella en su momento, con sosiego de persona civilizada, encajado en el sofá del salón de aquella casa que, casi con toda seguridad, ya nunca más

sería su hogar. Continuó su paseo y llegó hasta el Guadalquivir. La corriente de agua turbia ya no olía a la semejanza irreductible de la infancia. Recordó la figura de su abuelo, desdentado, pequeño como un niño zangolotino, con los cachos de bazo avinagrado que introducía sin renuencia en los imperdibles de los reteles. Los cangrejos enloquecían con el olor de la carne y la red salía llena a la fosca de la superficie, con el botín extra de seis o siete ejemplares agarrados por debajo del aro. Entonces, de rebato, por arte de birlibirloque, Bernardo recuperó el tino de la coherencia y regresó sobre la estela de sus pasos. El portal en el que había entrado durante más de dos décadas le pareció ajeno, feo a causa de las losas de mármol de imitación y de la fila inexpresiva de los buzones. Subió hasta su piso casi a la carrera, lacado por una urgencia de jugador de rugby curtido, ignorando por completo a su mujer, y arrambló con las llaves del coche de la repisa del pasillo, consciente de que bajo los talones de ambos se abría un abismo insondable con negrura de hoya.

No levanto cabeza, doctor, y el color de las pastillas cambiaba semana tras semana, los fragmentos de claridad esporádicos, el hueso de la franqueza trepanado por el agujón de la novedad.

Bernardo atajó por la circunvalación para salir de la ciudad, sin poner la radio ni destrozarse las pieles enrojecidas de los padrastros. Necesitaba concentrarse y hallar un subterfugio por donde escapar del emparedamiento de la realidad. Eran solo cuarenta kilómetros, pero el viaje se le hizo eterno, con las minas enterradas en el solar de la mollera estallando en mil añicos al paso de la ofuscación. Quiso rescatar los lustros perdidos de antaño, como un niño de teta alejado de la ubre materna, incapaz de afrontar los síntomas del delirio en el que se hundía con velocidad de crucero. Al fin la majestuosidad

incombustible de los olivares le dio la bienvenida. La quietud de la alcazaba en el altozano era magnánima, ineludible, barnizada por los rayos de un sol que calentaba el frío de las almas. Bajó del vehículo con ecuanimidad de misión cumplida y, sin venir a cuento, recordó los cantos aflamencados que su padre oía a diario en la radio. No se cruzó con hombres ni con cuadrúpedos. Solo las cornejas, perennes, con agilidad de relámpago, proseguían la búsqueda indomeñable de insectos entre la transparencia del aire. Cuando llegó a la finca, nadie le esperaba. Los mojones, deteriorados con la zapa del tiempo, a punto de desaparecer, entregaban los límites de la superficie a la libre interpretación de los lugareños. El alcalde, conversador infatigable, con un adarme de picardía en el marengo de los iris, le había confesado la víspera que muchos en el pueblo, con excepciones, se aprovechaban de la intemperie para agrandar poco a poco el perímetro de las posesiones. No se sintió traicionado por aquellos paisanos alzados al amanecer detrás del compromiso de las obligaciones rurales cotidianas, sino que les comprendió a las mil maravillas. Entonces asumió que, aunque no conociera el origen de la heredad, ni tampoco pudiera legársela en el futuro a ningún descendiente, precisaba quedarse allí, a la vera de la tierra ocre bursabolitana, para consolidar la emoción auténtica de estar solo.

No voy a volver por la consulta, doctor, y el arranque de la decisión demolió los cimientos de la lasitud, la niebla de los comprimidos difuminada, el repente de las ideas diáfano.

MASIRAH